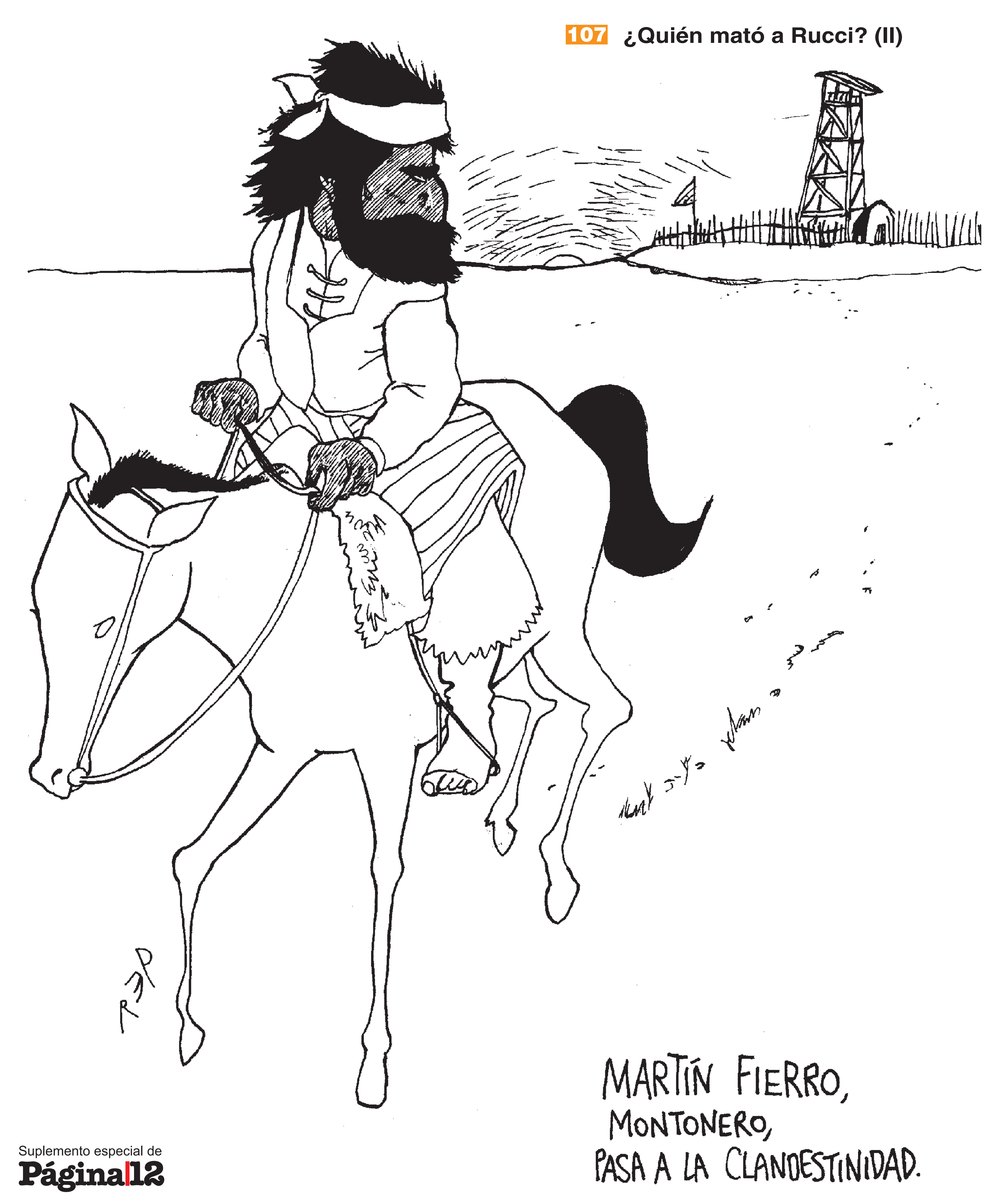
Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

107 ¿Quién mató a Rucci? (II)



Suplemento especial de
Página|12

DE APURO, *CRÓNICA* ESCRIBE LA BIOGRAFÍA DE RUCCI

El mismo y desangelado día de los 23 tiros a José Ignacio Rucci, el diario *Crónica*, en su edición vespertina, no sólo anunció esa muerte sino que entregó algunos apuntes biográficos. Por tratarse de los primeros que salieron, de los que salieron en caliente, cuando los balazos todavía se oían en la conmocionada ciudad, vamos a transcribirlos:

"José Ignacio Rucci había nacido en Alcorta, provincia de Santa Fe, el 15 de marzo de 1925. Contaba, por lo tanto, al desaparecer, 48 años. Cuando cumplió cinco su familia se trasladó a Rosario, donde ocurrió, en 1941, una anécdota aparentemente intrascendente, pero que ilustra algo sobre las luchas que debió librar y, también, sobre el epílogo de su vida.

"En un potrero del barrio de Tablada, el pibe Rucci, a la sazón de 16 años, integraba un improvisado equipo de fútbol. Era chiquito y delgado, físico que se mantendría con escasas variantes en su juventud y en su madurez. De pronto, un grandote del cuadro rival fue interceptado por Rucci, que lo despojó de la pelota, mientras la boina que llevaba el otro caía sobre el césped. Terminada la jugada, Rucci, amablemente, alcanzó al contrario la boina caída. Entonces éste, irguiéndose en todo su tamaño, aplicó una trompada al chiquilín que dio con éste por tierra.

"En otro orden de cosas y en el 'picado' de los intereses políticos y gremiales contrapuestos, la escena vuelve a repetirse, sólo que esta vez no era un grandote con boina que enfrentaba a Rucci, sino un enemigo armado, solapado y sin compasión.

"(...) Rucci vivió en Rosario hasta los 20 años. En la ciudad santafesina estudió hasta tercer año del bachillerato y luego debió abandonar los estudios. Entró a trabajar en una fábrica de sifones, hacía changas en el frigorífico Swift, vendió chocolatines en las salas cinematográficas de la calle San Martín. A los veinte años se cansó de todo eso. Le pidió a un camionero que lo trajera a Buenos Aires y aquí llegó, en pleno invierno, medio congelado (le había tocado viajar en la parte de atrás del camión), dispuesto a iniciar una nueva vida. En Rosario quedaron los padres y las dos hermanas del futuro dirigente sindical.

"Los comienzos de Rucci en esta capital fueron duros. Trabajó de lavacopas, después fue mozo de mostrador; más tarde cajero en una confitería de Cabildo y Juramento. Poco después de cumplir los veinte años pasó de gastronómico a metalúrgico. Ingresó a la fábrica Hispano Argentina, donde tuvo como compañeros a Hilario Salvo, años después secretario general de la UOM, y a Adelino Romero, hoy dirigente de notoriedad.

"(...) La militancia gremial de Rucci se inicia en 1947, año en que se lo elige delegado de la comisión interna de la fábrica Ubertini, un establecimiento de artículos electromecánicos, cargo que desempeña hasta 1953. Vivía por ese entonces en una pensión de Perú y Diagonal Sur.

"Rucci desarrolla su mayor actividad entre los años 1955 y 1958. En 1956 (*sic*) representó a su gremio en el Congreso Nacional de la CGT, presidido por el interventor marino Patrón Laplacette. El congreso se rompió cuando Laplacette fue derrotado por los peronistas encabezados por Rucci. Al verse vencido, el marino disolvió el Congreso.

"Al constituirse las 62 organizaciones, Rucci –siempre en representación de su gremio– pasó a integrar su primera mesa nacional (1956) (*sic*).

"El dirigente fue encarcelado en diversas oportunidades. Estuvo en presidios del Sur, en Caseros, en bodegas de barcos de guerra. Tras un paréntesis que se extendió entre 1958 y 1970, se reintegró a la vida sindical con el cargo de secretario general de la Central Obrera. En 1965 había ido a San Nicolás donde se presentaba un problema a nivel de dirigentes. La UOM había quedado acéfala. Rucci la organizó y fue elegido secretario general local (...)"

(Fragmentos de la nota publicada por el diario *Crónica* el 25 de septiembre de 1973, el mismo día de la muerte de José Ignacio Rucci. Citada en *El Ave Fénix. El sindicalismo peronista entre la Libertadora y las 62 Organizaciones* (1955-1958) de Santiago Senén González-Germán Ferrari. Inédito aún, será publicado por Editorial Corregidor.)

MARCOS OSATINSKY, DE APRETARLO A PERÓN A LAS GARRAS DE LACABANNE

El motivo que más se abre paso entre la militancia es el del "apriete al Viejo". El "apriete" era una metodología de la época. Decía algo así: "Para negociar hay que tirar sobre la mesa de negociaciones el cadáver más apropiado". La condición de "apropiado" requería una serie no desdeñable de elementos para constituirse. Pero uno de los más poderosos era: demostrarle poder al adversario, determinación de llegar a los extremos y golpearlo con un *fiambre* que le doliera. Es la teoría que José Luis Nell –dialogando con su amigo Cacho El Kadri– le atribuye a Marcos Osatinsky: "Si nosotros le ponemos a Perón un cadáver arriba de la mesa, el Viejo no va a tener más remedio que negociar con nosotros" (Anguita y Caparrós, *ob. cit.*, tomo III, p. 327). Era previsible que Osatinsky aconsejara actuar de ese modo. Duro total, fierrero de convicción, valiente, aguerrido, figuraba entre los cuadros más combativos de la Orga. Ya se había burlado del discurso de Firmenich en Atlanta: de la teoría del "fifty-fifty". Le gustaba pegar con dureza. Si el de Rucci buscó ser un "apriete", lo logró. Fue el más espectacular de una época que era precisamente eso: espectacular. Podría decirse que jamás se había tirado un cadáver más importante sobre una mesa de negociaciones. La boleteada de Aramburu no buscaba negociar nada. La de Rucci, sí. La inmoderada predilección de Perón por la estructura sindical en desmedro de la ex juventud maravillosa dolía mucho. Más aún a tipos como Osatinsky, que había sido un entusiasta por lograr que las FAR asumieran "una identidad política peronista revolucionaria" (Roberto Baschetti, *La memoria de los de abajo*, tomo II, De la Campana, Buenos Aires, 2007, p. 101). Osatinsky era mayor que la generalidad de sus compañeros. Era tucumano y le decían *Pelado*. Había nacido en 1933. En 1973, el año más denso, el más complejo de la historia del peronismo, salvo el '45, tenía ya 40 años. En esa época, 40 años eran un montón. Más aún para andar a los tiros y jugándose la vida. Había sido parte de la creación de las FAR. Se había escapado del penal de Rawson en agosto de 1972. Fue de los que consiguieron llegar al Chile de Allende y salvar el pellejo. De Chile va a Cuba y luego regresa a la Argentina. Sigue en las FAR. Pero empieza a discutir con sus compañeros. Que hay que entrar en el peronismo. Eso les dice. Imaginemos a Osatinsky discutiendo con tipos que le dicen que el peronismo es parte del régimen y Perón un facho. Imaginemos a Osatinsky diciéndoles, con pasional certeza, que no, que la revolución está en el peronismo, que los obreros son peronistas y siguen a Perón. Que Perón no es fascista, que es un nacionalista revolucionario y ellos lo van a llevar a tener que abrazar –sin otro recurso posible– una revolución socialista. Imaginemos a Osatinsky el 21 de junio de 1973, después de Ezeiza. Perón que los manda al muere y elige a los burócratas de los sindicatos. Imaginemos a Osatinsky teniendo que mirar de nuevo a la cara de sus compañeros. ¿Qué les habrá dicho? ¿Me equivoqué? ¿O a este Viejo lo vamos a llevar a donde tiene que ir, al socialismo, le guste o no, se lo impidan o no los burócratas? Aquí entra la teoría del apriete. Perón lo había cubierto de vergüenza a Osatinsky y a muchos como él. Les había dado esperanzas y los había hecho hablar al reverendo, convencer a otros de lo que ahora se revelaba una gran patraña, una mentira infame, una manipulación de un supuesto Viejo genial que jugaba con todos y probablemente se riera, también, de todos. Entonces, no. No tenía derecho ese viejo turro a jugarle tan sucio. Lo había recibido en Madrid. Le había regalado una foto suya, se la había dedicado. De puño y letra, carajo. El 7 de abril de 1973. Osatinsky se la mostraba a todo el mundo: "Al Compañero D. Marcos Osatinsky, con todo afecto, Juan Perón". "Con todo afecto." ¡Viejo mentiroso de mierda! Ahora vería. Ahora –decía Osatinsky– no vamos a parar hasta arruinarle la fiesta. ¿Le gusta éste, general? Ahí lo tiene: es su querido Rucci. Le metimos 23 plomos. ¿Sabe cómo le dicen? *Galletita Traviata*. ¿Sabe cuántos agujeros tiene la galletita Traviata? Igualito que Rucci, vea. Veintitrés. O negocia en serio con nosotros, o nos trata como solía tratarnos ayer nomás o le vamos a tirar montones de galletitas. Va a tener que poner una panadería, general. O un kiosco en Constitución. O en La Matanza.

El sanguinario brigadier Lacabanne (el jefe de la Triple A en Córdoba) habrá de asesinarlo en agosto de 1975. Aún con vida, lo sujetan con una cadena al paragolpes trasero de un automóvil (seguramente un Falcon) y lo arrastran por rutas de ripio hasta volverlo trizas, hasta despedazarlo por completo. De todos modos –y tal vez como coronación del horror– se lo devuelven a la familia. La familia quiere trasladar los restos a Tucumán, provincia oriunda de Osatinsky. Son asaltados por parapoliciales. Como si aún no estuvieran satisfechos con la crueldad de la tarea, les arrebatan el ataúd, se lo llevan a La Rioja y lo dinamitan en Barranca Yaco. Junto al monolito de Juan Facundo Quiroga, el líder de las montoneras del siglo XIX. ¿Qué buscaban con eso? Raro, porque le hicieron un homenaje al despedazado cadáver de Osatinsky (que, despedazado o no, seguía siendo el suyo). No le hubiera disgustado al ex militante de las FAR, al que les dijo a sus compañeros que el peronismo era el espacio de la revolución y Perón su líder, al que aprobó el amasijo de Rucci desde la teoría del apriete al Viejo, que los pocos restos que de él quedaban se trastrocaran en polvo, se hicieran tierra caliente junto al monolito que recordaba al gran caudillo, al Tigre de los Llanos. Podemos discutir largamente sobre un hombre como Marcos Osatinsky. Cuestionarle (tal vez más que nada) el haber valorado tanto los fierros. El haberlo hecho en desmedro de la política. Sin embargo, no había en él la crueldad de Lacabanne y las bestias que lo servían, que cumplían sus órdenes patológicas. Hay en la violencia fascista un plus de crueldad, de ensañamiento, de fruición por el horror que, al menos la guerrilla argentina, no exhibió jamás. Se podrá –como obsesivamente se hace– contrarrestar con la hija del capitán Viola o el martirio de Larrabure. Pero se trata de excepciones. Y se sabe que a los asesinos de la niña de Viola la propia organización los condenó con rigor. En suma, Osatinsky (que era un violento) no le habría hecho a Lacabanne lo que Lacabanne (que era un sádico, un carnicero) le hizo a él. También esto debe ponerse en primer plano cuando se trata de imponer la teoría de los dos demonios. Es muy simple: la guerrilla argentina nunca fue una guerrilla salvaje al modo de Sendero Luminoso. Tuvo reglamentos durísimos que la llevaron a asesinar incluso a algunos de sus integrantes. Pero no torturó. No vejó a nadie. Y nunca –pero nunca– habría atado a un moribundo al paragolpes de un auto para despedazarlo transitando caminos de ripio. (*Nota:* Los datos sobre la vida de Marcos Osatinsky fueron tomados del libro de Baschetti *La memoria de los de abajo.*)

MARTÍN FIERRO, EL PRIMER PERONISTA

REP

PERÓN, "EL PROBLEMA ESTÁ EN LA ESFERA DIRECTIVA"

Perón –según hemos establecido– elige a la CGT como su tribuna y a los sindicalistas como sus oyentes privilegiados. A ellos les habla. Y por medio de esas charlas les habla a todos. A la entera república. Esa predilección –además– está fundamentada en varios de sus discursos. Dice, por ejemplo, que al Justicialismo se lo ha intentado destruir de distintos modos. Ahora, con la infiltración. Alevosa patada para la Tendencia, a la que toda la derecha del Movimiento llama *zurdos infiltrados*. Esa infiltración tiende a destruir a "nuestras organizaciones". O sea, a las organizaciones sindicales. En cuanto a la ideología (toda esa hojarasca del socialismo nacional) habrá que andar con cuidado. Si se cambia algo deberán estar de acuerdo todos. No se habrá de cambiar *"por la influencia de cuatro o cinco trasnochados que quieren imponer sus propias orientaciones a una organización que ya tiene la suya". ¡Nueva y desagradable, insultante, calificación para la Tendencia! Ahora todavía peor: de juventud maravillosa a "cuatro o cinco trasnochados".*

Resulta auspiciosa una frase cuidadosamente elaborada. Se trata de una de las pocas en que no ha agredido a la Jotapé. Dice Perón: "Luchamos porque un día esa juventud, que constituye una de las ramas del Movimiento, tenga sus verdaderos y fehacientes representantes, sus dirigentes, a los cuales nosotros les podamos confiar un día nuestras banderas para que las lleven al triunfo. Pero para eso debemos estar seguros, debemos saber que esa juventud no hará mal uso de esas banderas por estar engañada o por estar conducida por gente que no merece su conducción. Queremos que la juventud se conduzca por sí, con hombres que ella misma determine. Entonces podremos incorporarla al Movimiento, con la convicción absoluta de que nos será útil ahora y que nos representará dignamente en el futuro". Pero igual –para la Jotapé– es catastrófica. Perón quiere otra conducción. "El problema –dirá varias veces– está en la esfera directiva." Nada de Firmenich. Nada de Quieto. Pero aun cuando el cambio en la *esfera directiva* se produzca, esa incorporación al Movimiento se hará en el futuro. "El futuro" para la inmediatista militancia montonera no existe. El futuro es ahora. La lucha es ahora. La liberación es ahora. Perón los remite a la *esfera de la paciencia.* Los jóvenes, por definición, no la conocen. La madurez de la vida entrega la paciencia, la tolerancia, la espera. Porque ya salieron mal un montón de cosas y se acepta que vale la pena esperar para que algunas salgan bien. Que muchas veces no fue así justamente por hambre de inmediatez. Que lo mediato es el fruto más deseado y valorado. El único que puede rozar la perfección. Nada es ya. Todo es maduración. El Ave de Minerva levanta su vuelo al anochecer. Pero una cosa es la filosofía y el ave de Minerva y otra una organización armada, con el dedo en el gatillo, que quiere asaltar el poder.

Perón –metiéndose en la antropología filosófica– habla de la reconstrucción del hombre. Tenía capacidad para inventar estos macanazos. Lean esto: "Por eso también creo, compañeros, que en la tarea del futuro Gobierno, lo primero que interesa es reconstruir al hombre, reconstruirlo económica y moralmente". ¿Reconstruir a quién? ¿A Lanusse? ¿A Rucci? ¿A los montoneros? Sin embargo, no daba puntada sin hilo: esta huevada de la reconstrucción del hombre la inventó para demorar a los montos, para "darles tiempo" para depurar su conducción, en manos de hombres "no reconstruidos". Y por fin, otra vez, la palmadita cariñosa a los sindicalistas: "Pueden estar ustedes seguros que si en la República Argentina no existiese una organización sindical como la que tenemos nosotros, seríamos mucho menos respetados en este momento".

DE TODOS SUS ERRORES, EL PEOR FUE MORIRSE

En suma, Perón exageró su amor por el sindicalismo tanto como exageró su odio por la Tendencia. Convengamos que la burocracia controladora de la CGT le agradaba y la aceleración revolucionaria de la Tendencia le producía urticarias. Bueno, general: moderesé. Para eso es un sabio conductor de pueblos. Pero condúzcalos mejor a los pibes. No los eche, intégrelos. Con una mejor conducción de su parte los tenía pintando escuelas y alfabetizando en villas. No a todos, pero a muchos, a demasiados. Les quitaba bases a los montos. Pero tienda una mano, general. No insulte, no agreda a los pibes. Había innumerables dispuestos a seguirlo a usted. Pero usted se brotó. A usted le agarraban berrinches. Eso lo sabemos todos. El más espectacular fue el del 31 de agosto de 1955. Después el del 21 de junio de 1973. Y el último el del 1º de mayo de 1974. Perdía la paciencia. Claro: si uno se cree Dios, hasta la más pequeña diferenciación, la más ínfima disidencia son una terrible ofensa y debe *tronar el escarmiento*. Política, disuasión, integración. No insultos ni agravios. No darles todo a los enemigos de los pibes. No recostarse por completo en un ala. ¿No pudo? ¿Qué le pasó? ¿Por qué trató tan malamente a la Jotapé? Cuando digo mal me refiero a errores gruesos de conducción política. Usted, el gran integrador, el que siempre sumaba, el que sabría llegar con los buenos y con los malos, de pronto amputa, corta. (*Nota:* Sería injusto no tener en cuenta que Perón tenía frente a él a una juventud que acaso fuera maravillosa y había luchado larga y honestamente por su regreso, pero cuya conducción –a medida que la fue conociendo– le disgustó profundamente. De todos modos, los esfuerzos que hizo para separar a las bases de esa indeseable conducción no tuvieron éxito o fueron tardíos. Fueron tardíos por algo que no debió haber ocurrido pero ocurrió. Por algo que echó todo a perder. Que eliminó el tiempo. Que acortó o cercenó drásticamente las posibilidades de toda posible comprensión. De toda tentativa seria de dialogar con *otros* personajes de la Orga, de gente que se le acercara con menos vanagloria. Pienso en el frustrado intento de reunirse con Norma Arrostito. Pero todo estaba condenado a la frustración. Porque Perón volvió para frustrarse y frustrar a todos. Volvió para morirse. *Se murió*. Y esto era lo que no debía ocurrir. *De todos los errores que cometió, el peor fue morirse*. El otro, más imperdonable, fue lo que trajo con él y lo que nos dejó en herencia. Porque su heredero no fue "el pueblo". Esa no es más que una frase. Al "pueblo" lo invocan todos. Los Montoneros eran "el pueblo". La derecha peronista era "el pueblo". Los militares eran "la patria", que contiene el "pueblo". El heredero de Perón fue esa mujer desagradable, de labios finos y duros, pequeña y seca, maligna y bruta, bruta y brutal, de una inteligencia apenas escasa, sin femineidad, sin gracia, la antítesis de Eva Perón, que era mujer, que era fogosa, que era brillante, que era bella y femenina, que era bravía, valiente, deslumbrante para utilizar la palabra, autónoma, que lo amaba en serio a Perón, que amaba en serio a los pobres, a sus "grasitas", que odiaba en serio a la oligarquía que siempre la había humillado, que enfrentó a la muerte con dignidad, que toleró, también dignamente, los dolores de su herida mortal, de su cáncer, hasta el fin, hasta el último aliento, pero fue la otra, la antítesis de Eva, ella, Isabel, la que heredó al Viejo indescifrable, porque era imposible entender cómo después de Eva podía haber atado su destino al de esa mujer, al de la Chabela. Pero así lo hizo y también eso le juega en contra. Porque, querido general, no sé si alguien se lo habrá dicho o si usted lo habrá advertido, pero *esa otra mujer* que usted tuvo y nos dejó en herencia nunca jugó a favor de su buena imagen. Un hombre también se define –y no en escasa medida– por la mujer que tiene al lado. Lo mismo que una mujer. Si está junto a un pelotudo, dos cosas: o está pasando por un mal momento, por una etapa confusional, o también ella es una pelotuda. Existe una tercera posibilidad: que en el mercado nacional de varones no haya encontrado nada mejor. Lo cual es altamente probable. En cuanto al "otro" heredero que nos dejó el general, el brujo Daniel que manejaba a la maligna y seca Chabela, ya hablaremos de él. Mal. ¿O podría ser de otro modo?

Perón vuelve el 20 de junio del '73 y se muere el 1º de julio del '74. Le concedió al país un año y diez días. En apenas un año y diez días el titán de la política argentina, el superpibe, el líder carismático más importante de nuestra historia, se agotó. Tal vez debamos tener –muy especialmente– en cuenta que gran parte de ese gigantesco fracaso de nuestra historia radique en que el Perón que volvió era un moribundo. Fue tan escaso el tiempo que tuvo que nada pudo solucionarse. También es cierto que volvió viejo y moribundo porque la insensatez del Estado Gorila no le permitió volver antes. Se trata de uno de los elementos más tristes de esta triste historia. Entre tantas muertes hubo una que no fue violenta. Pero fue la peor de todas. La que cerró todas las puertas. Abundaremos sobre esto en la narración de los sucesos del día de la muerte de Perón. Yo estaba en Córdoba, en el Hotel Sussex. A la noche bajé al bar a tomar algo. Estaba oscuro. Sólo había luz en la barra Y ahí, ese 1º de julio, el barman que me sirvió un whisky que necesitaba acaso más que nunca, dijo algo impecable, impresionante. Tenía que ver con Dios).

¿Por qué el conductor estratégico se había librado de estas molestias durante sus dos primeros gobiernos? ¿A quiénes les

corta –ahí– la cabeza, quiénes son los expulsados? Centralmente, tres: 1) Domingo Mercante; 2) Cipriano Reyes; 3) Juan Duarte. El primero le hacía sombra. El segundo no le perdonó que le arrebatara el Partido Laborista. Al tercero –a Juancito– lo tiró a los perros: le hizo pagar todos los problemas de corrupción. Muerta Evita, ya nadie lo protegía. Era un cabeza fresca, un tarambana, un botarate peligroso. Más tonto que corrupto, era el tipo ideal para entregarle su cabeza hueca a la oposición. Juancito le hizo el favor de suicidarse. (Porque es así: se suicidó. Estaba muy enfermo, tenía una sífilis incurable y ya desvariaba.) Pero no tuvo otros problemas. Eran todos peronistas, todos pertenecían a la misma época, a la misma generación. Con la Jotapé, no. Eran jóvenes, eran de otra generación, provenían de otra historia, querían un peronismo aggiornado y creían que –en Europa– también Perón se había colocado a la altura de los tiempos revolucionarios que se vivían. Por primera vez, Perón tiene dentro del peronismo algo que creció sin su conducción. Algo que él no había inventado. Desde esta óptica hay cierta racionalidad en la teoría de la infiltración. "Esos vinieron de afuera. Son pibes de clase media. Universitarios. Siempre estuvieron en contra del peronismo. Ahora quieren meterse. Pero son marxistas, zurdos. ¿Para qué los queremos? Se quieren quedar con los nuestros, con las masas peronistas. Envenenarlas con ideologías que nunca aceptaron. No lo vamos a permitir." Estos conceptos –que no son textuales de Perón– resumen su pensamiento sobre esta materia.

La polémica que Rucci sostuvo con Agustín Tosco ilustrará por completo estas cuestiones. Rucci es un tipo de derecha. Tosco quiere un sindicalismo revolucionario. Todo apunta a una cuestión: ¿es posible un sindicalismo revolucionario? El peronista nunca lo fue. Se verá todavía más claro en la huelga de Villa Constitución. La Triple A y la UOM marchan juntas a reprimir a los obreros de izquierda. Veremos en detalle ese episodio clarificador, luminoso conceptualmente y trágico en todo lo demás.

ALGO QUE EVITA PIDIÓ, INCENTIVAR LA PRODUCCIÓN

La juventud peronista nunca conoció bien la historia del primer peronismo. Leyó la que habían construido Puiggrós, Jauretche, Ramos o Hernández Arregui. Pero desconocían los documentos oficiales. El estilo, el clima, el espíritu de la época. Hacían de Evita una Guevara con faldas pero desconocían su ardorosa defensa del Plan Económico de 1952. Este Plan implicaba un giro en el gobierno de Perón. Se pedía a los obreros que aumentaran la productividad. Se hacían gestiones para la radicación de capitales extranjeros. Había un acercamiento con Estados Unidos. No era "vender el país", como gustan decir algunos antiperonistas. De ningún modo. Pero era incursionar en un modelo aperturista. Además, si había que comer pan negro por la falta de harina *todos* comían pan negro. Pero nadie leía los folletos de la época. O muy pocos. Por ejemplo, yo. Pero yo era un poco más crecido que la mayoría de los jóvenes militantes, hacía rato que era profesor y mi pasión era estudiar. De modo que me fui a la calle Talcahuano, entré en la Librería Platero (que ya no está) y le pedí al dueño que me dejará investigar su sótano. Estaba lleno de tesoros. Entre ellos encontré un folleto que recogía las directivas que había dado Evita para que se cumpliera el *Plan Económico de 1952*. Éste había sido lanzado por Perón en febrero de ese año. También en febrero Evita les dice a sus militantes: "1) Cada mujer peronista será en el seno de su hogar centinela vigilante de la austeridad, evitando el derroche, disminuyendo el consumo e incrementando la producción" (*Habla Eva Perón*, Partido Peronista Femenino, febrero de 1952, p. 5). Siempre la izquierda dijo que el Plan del '52 era reaccionario, implicaba sacrificar al pueblo en beneficio de la burguesía. Sea así o no, la frase de Evita no suena muy combativa. Las mujeres peronistas deben ser "centinelas de la austeridad". O sea, en los hogares peronistas debe cundir el ahorro. Si antes se comían dos platos de ravioles los domingos, ahora uno. Si se pide austeridad, ¿cómo no pedir "evitar el derroche"? Pero, ¿los obreros derrochan? Durante el primer peronismo estaban bien, pero no como para el "derroche". Pareciera un pedido más apropiado para otras clases sociales. Evita se lo hace a "las mujeres peronistas". Luego: *disminuir el consumo*. Ya lo había dicho. ¿Qué diferencia existe entre pedir austeridad y disminuir el consumo? La austeridad implica consumir menos. Y por fin, lo "menos revolucionario", lo que a Firmenich y los suyos habría dejado sin habla. Como si el dibujo de Carpani se desdibujara. ¡Evita pide incrementar la producción! ¿Dónde trabajan las "mujeres peronistas"? Algunas en empresas estatales. La mayoría en empresas nacionales o extranacionales... capitalistas. ¿Tienen entonces que ahorrar en el hogar, consumir menos, y aumentar la producción para incrementar las ganancias de la patronal? Sin duda. El peronismo enfrentó así esa etapa y Evita le dio su respaldo. No era una catástrofe. Se trataba de saber leer esa coyuntura. ¡Qué bien les habría venido a tantos! Habrían aprendido que la política es un arte sutil, que requiere avances, retrocesos, cambios de marcha, aceleramientos, concesiones, nuevos avances, nuevas concesiones, etc.

TAMBIÉN EL HOMBRE ES LIBRE PARA CORRER HACIA SU PERDICIÓN

Tampoco se conocía la concepción justicialista de la organización sindical. No era el caso de Rucci. Pero sí el de Firmenich y los suyos. Ocurre que siempre aparece el mismo problema, el factor *aggiornamiento*. ¿Para qué leer esos viejos folletos del viejo peronismo si Perón no tenía más remedio que ponerse al día, aceptar que los tiempos eran otros? Otros: los que había inaugurado la Revolución Cubana, los del Che, los de Vietnam, los de la *descolonización*. Este concepto era central. Se usaba una y otra vez. Se usaba para todo. La descolonización de la ciencia. De la literatura. De la educación. De la economía. Vivíamos inmersos en los tiempos de la descolonización. El concepto venía de Fanon y del Prólogo de Sartre. Quien –en una frase indigna de su genio filosófico– había establecido: *La descolonización está en camino; lo único que pueden intentar nuestros mercenarios es retrasar su realización*. En la historia nada "está en camino". La historia no es un camino. Un camino siempre lleva a alguna parte. No sabemos a dónde lleva la historia. Sólo se puede "retrasar" algo que "avanza". La historia no "avanza". O, en todo caso, avanza en centenares de direcciones, sin un objetivo fijo. Y ese avance no es un "progreso". La historia no progresa. Esta es una enmohecida concepción del historicismo del siglo XIX. Los mercenarios mal podrían retrasar la realización de algo. Porque nada avanza hacia una segura realización. No hay en la historia ninguna necesariedad que implique la certidumbre de la descolonización. *No hay necesariedad histórica*. Si la hubiera, el hombre no sería libre. Y es Sartre quien nos enseñó magistralmente esto. Sobre todo en la *Critique de la Raison Dialectique*. Ocurre que el *Prólogo* a Fanon era un texto militante. Y un texto de ese tipo tiene que entregar esperanzas. Toda esperanza requiere certezas. Pero los mercenarios –más que demorar– pueden impedir la descolonización. Los militares del Proceso impidieron todo lo que estaba en juego durante los años sesenta y setenta. Hemos aprendido esa lección. También –y es por eso que estudiamos esta etapa de nuestra historia, que protagoniza el "peronismo" en sus distintas facetas– queremos analizar todos los elementos de un enorme *error colectivo*. Antes que echar culpas convendrá inteligir (por medio de una hermenéutica totalizadora, que incluye a la deconstrucción como uno de sus momentos pero la supera porque siempre va en busca del todo, aun cuando el todo se exprese en la modalidad del caos) cómo pudo ocurrir que todos hicieran lo preciso, lo perfectamente necesario para que la tragedia, la masacre fuera posible. Esa es la historia del "regreso de Perón" y de la temporalidad que lleva del 20 de junio de 1973 al 24 de marzo de 1976. No sólo por qué no se pudo evitar la matanza, sino por qué todos actuaron con márgenes de errores tan elevados que la tornaron inevitable. Que la masacre haya sido posibilitada o extremadamente facilitada por los errores de los protagonistas de esa temporalidad histórica no significa que la masacre tuviera que hacerse. Nunca. Los responsables de la masacre son los genocidas de la seguridad nacional. Sólo ellos. Los errores de los protagonistas del período histórico que señalamos es haberles entregado el país en bandeja. Es no haber podido impedir el festín de los asesinos. Que sólo tuvieron que esperar. Y esperaron hasta que el país –tal como lo habían previsto– cayó en sus manos como una fruta madura. Tan seguros estaban de esto que tenían construidos desde hacía tiempo los campos de concentración. Qué triste historia. Desde este punto de vista es indudablemente trágica. Todos parecen condenados a hacer lo que no pueden sino hacer. Y todos lo hacen. El hombre es libre. También para correr insensatamente hacia su perdición.

VALE MÁS UNA OVEJA VIVA QUE UN LEÓN MORIBUNDO

Si hubieran leído más los textos del primer peronismo, los jóvenes de los '70 habrían advertido cuál era la idea que Perón tenía del sindicalismo y que no la había cambiado. En un folleto que –en 1951– publica la Secretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación (o sea, Alejandro Apold) y que lleva por título *Principios del sindicalismo peronista*, es posible leer: "Perón ha dicho con toda claridad qué es el sindicalismo. En su concepto, *no es ni debe ser una fuerza en pugna con las restantes que componen el núcleo social sino todo lo contrario*; debe ser colaboradora y equilibradora de la actividad productiva nacional, pero gravitando siempre en la defensa de los justos intereses de los trabajadores.

"El viejo principio de la violencia sindicalista aparece así superado en la concepción no tan sólo teórica, doctrinaria, del nuevo sindicalismo justicialista argentino, sino también la concreción práctica de los hechos que de él trascienden. Resulta así que la moderna concepción del sindicalismo definido y orientado por el general Perón se universaliza y hoy puede servir como norma a aquellos países que buscan solucionar afanosamente sus arduos y violentos problemas internos en el orden social" (*Principios del sindicalismo peronista*, Secretaría de Informaciones, Buenos Aires, 1951, p. 1). La ambición no era poca: la doctrina del sindicalismo, según Perón la había "creado", podría solucionar los problemas de todas las naciones con conflictos sociales. Aquí sólo hemos querido citar un par de párrafos queremos exhibir sus puntos centrales como introducción a una polémica clarificadora: la de Rucci con Tosco. Dos dirigentes fuertes, con temple para la conducción de sus bases. Uno peronista. El otro, no. Un socialista revolucionario en una provincia con desarrollo industrial en aumento. Los dos, a su modo, hombres de acción, hombres de lucha. Era lo primero que pedía Perón –en sus *Principios de sindicalismo peronista*– para una buena organización sindical. Lo pedía en la modalidad propia de sus primeros brillantes años. Con ese lenguaje directo, popular, vizcacheano, con que solía dirigirse a sus seguidores: "Los movimientos sindicalistas deben tener a su frente hombres de lucha y de acción. Vale más un león al frente de cien ovejas que una oveja al frente de cien leones". (*Principios..., ed. cit.*, p. 6). ¿Qué Perón volvió el 20 de junio de 1973? ¿Oveja o león? Según él, "un león hervíboro". Pero no: ni eso. Volvió un león moribundo. Y hasta una oveja es preferible a un león que agoniza. Ante todo, porque está viva.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

¿Quién mató a Rucci? (III)